

Biblioteca-Films

N.º
187

RICARDITO DETECTIVE

25
CTS.



Ena
Gregory

Ricardito
Talmadge

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

VALENCIA, 284

Centro de Repartos de Publicaciones:

BARCELONA, 6

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 187

APARECE TODOS LOS MARTES

X REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

DOUBLING WITH DANGER

Ricardito detective

1926

Narración literaria de la película del mismo
título, interpretada por el simpático actor

RICHARD TALMADGE

Exclusiva: L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

REPARTO

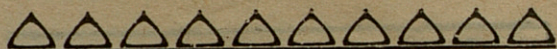
Ricardito Forban

RICHARD TALMADGE

Margarita Haven

Eva Gregory

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



I

Mientras que fuera acechaban, como lobos, las sombras de la noche y las sombras del misterio, dentro del taller de Mario Stevenson, trabajaba éste afanosamente dando los últimos toques a su invento.

Desde los días de la gran guerra, Mario Stevenson había estado trabajando en su gran invento; un motor silencioso para aeroplanos, y al fin, como Arquímedes, había podido gritar "Eureka".

Con el mismo anhelo que un avaro oculta su tesoro, así Stevenson había ocultado a los ojos de todos su invento, excepto para Nobero Haven, un famoso abogado, la única persona que había entrado en la intimidad del taller del inventor.

A media noche había quedado terminado por completo el plano del motor y el mecánico se lo mostró lleno de orgullo a su amigo,

quien después de examinarlo detenidamente le felicitó diciéndole:

—¡Enhorabuena, Stevenson! ¡Un aeroplano silencioso, nada menos! ¡Usted sí que ha hecho algo grande por su patria!

A pesar de que Stevenson había guardado el más absoluto silencio acerca de su invento esto no impidió que la prensa llegase a su conocimiento y hablara extensamente de él, haciendo grandes y suscitando la codicia de la misteriosa y terrible banda del "Guante Negro".

A la felicitación del abogado, Stevenson, preso de un inexplicable presentimiento le contestó:

—Hoy, que por fin he triunfado, estoy menos satisfecho que nunca. Adivino un peligro... lo presiento... lo *veo*, como si lo tuviese delante de los ojos.

—¿En qué funda usted ese temor?—le preguntó el abogado, sin alcanzar a comprender el miedo de su amigo, que se lo explicó diciéndole:

—Usted conoce las hazañas de la banda del "Guante Negro". ¿No es muy posible que su codicia se haya despertado ante la propaganda que han hecho los periódicos de mi invento?

—Pierda usted cuidado, amigo—procuró tranquilizarlo Haven—. Nuestra sociedad está bien organizada; los magos del día pueden trabajar sin peligro alguno,

—No obstante, quisiera que una persona formal, una persona, como usted, por ejemplo, me ofreciese librar mi invento de manos de esos malvados. Si algo me sucediese, amigo mío, prométame usted que defenderá este plano de mi motor, aunque sea con la vida.

—Prometido... a pesar de que sigo creyendo que sus temores son pueriles...

No había terminado de hacer esta promesa el abogado, cuando se entreabrió la puerta del taller y apareció una mano cubierta de un guante negro. Era, como si dijéramos, la tarjeta de visita de la famosa banda.

Stevenson y su amigo echaron mano a sus pistolas, pero antes que pudieran hacer uso de ellas quedó la estancia a oscura y resonaron varios disparos.

Cuando por fin volvió a hacerse la luz, Stevenson, herido gravemente, yacía en el suelo y apenas si tuvo fuerzas para decir:

—Mi plano... con su vida... ¡Me lo ha prometido usted!

Un mes después en la mansión de Roberta Haven, explicaba éste al célebre detective Andrés Carter, cómo había ocurrido el crimen de su amigo Stevenson, la promesa que le había hecho antes de morir y terminó diciéndole:

—Ahora que lo sabe usted todo comprenderá por qué le he llamado. ¡Llevo un mes de terror! He adivinado que me vigilan, que me espían; ¡pero se acabó! ¡Estoy decidido a rom-

per el sortilegio y a sentirme dueño de mis actos!

Mientras Haven hablaba, el detective iba pelando tranquilamente y con el mismo esmero que quien realiza una obra de arte, una hermosa manzana. Su aspecto ofrecía la expresión del hombre que está oyendo una historia por cuarta o quinta vez y la cual para nada le atañe.

Ante la impasibilidad del detective, el abogado no pudo contenerse y exclamó:

—¿Quiere usted hacer el favor de atenderme y dejar en paz esa manzana? ¡Atiéndame, Carter, por favor! ¡Parece mentira que mientras mi casa está llena de invitados, y que quizá entre ellos se encuentre el que codicia el plano, esté usted comiendo manzanas tranquilamente.

Dejó el detective, por un momento, su trabajo y levantando la vista hacia el abogado le contestó sin alterarse lo más mínimo:

—Le prometo, Haven, que le presto toda mi atención. Ahora bien, que cada uno reflexiona a su manera. Sherlock Holmes reflexionaba con una pipa entre los labios; yo, con una manzana entre los dedos... y de mi reflexión he sacado una consecuencia: que debe usted desconfiar de alguien que está muy cerca de usted.

Un criado que entró con una bandeja para servir el te al abogado, oyó estas últimas pala-

bras y se detuvo en la puerta, sin más intención que la de oír lo que hablaban.

—¿Sospecha usted de alguien?—preguntó Haven.

El criado prestó mayor atención, pero la intranquilidad que demostraba desapareció cuando oyó decir al detective:

—¡Sospecho de su secretario!

—¡No diga tonterías, Carter!—repuso el abogado—. Mi secretario, aunque hace muy poco tiempo que está a mi servicio, no me inspira la menor sospecha; ha venido a mí muy bien recomendado.

—No importa—insistió el detective—. Yo me comprometo a descubrir al hombre misterioso que ambiciona ese plano, pero usted me dejará hacer, por muy arbitrarias que le parezcan mis sospechas.

—Conforme—aceptó Haven—. Me entrego en sus manos y desde este momento puede usted disponer de mi casa con entera libertad.

La fiesta en casa de Roberto Haven se hallaba en pleno apogeo y en ella triunfaba la gracia y la belleza de Margarita Haven y la jovial simpatía de Ricardito Forban, el secretario sobre quien habían caído las sospechas del detective.

Margarita, la hija del dueño de la casa, tenía a su alrededor lo que se dice un verdadero ejército de admiradores y aspirantes a su mano, pero la joven los desdeñaba a todos,

porque su corazón le ordenaba amar al humilde secretario.

Este rodeado de todas las muchachas se veía y deseaba por atenderlas, pero procurando siempre que sus galanterías fuesen dirigidas a Margarita, que sabía agradecérselas con una dulce sonrisa que expresaba, por sí sola todo el cariño que sentía por el muchacho.

Quiere usted aprender a bailar el

CHARLESTON

pida el método a **Biblioteca Films**
Valencia, 234 - Apartado 707 - Barcelona

PRECIO
25 cts.

II

A la fiesta había acudido también Esteban Davis, íntimo amigo de Haven. Su aspecto respetable y sus actos privados, no tan respetables, eran una demostración de la veracidad del viejo dicho: "las apariencias engañan".

Cuando observó que Haven no estaba en la fiesta, dejó que los muchachos continuaran divirtiéndose en el jardín y él entró en el despacho de su amigo para invitarlo a una partida de su juego favorito, diciéndole:

—¿No echamos hoy nuestra partida de ajedrez, Haven?... Ya sabe usted que me debe el desquite.

—Con mucho gusto, amigo mío—respondió el abogado—. Si lo prefiere nos iremos a la terraza y desde allí veremos lo que hace la gente joven, ¿no le parece?

—¡Encantado!—aceptó Davis. Y los dos amigos, seguidos del detective se dirigieron al sitio indicado anteriormente, donde empezaron poco después la reñida batalla de ajedrez.

Entre tanto, Ricardito seguía siendo el hé-



Como dos chiquillos, en tarde de asueto, empezaron a correr por el parque.

roe de la fiesta y se veía acosado por las muchachas que buscaban todas las ocasiones para apoderarse de él.

Una de ellas se acercó al muchacho y sonriéndole con deliciosa coquetería le propuso:

—¿Quiere usted jugar conmigo al "tennis", Ricardito?

—Estoy a su disposición, señorita—contestó el joven, pero Margarita, que tampoco estaba decidida a abandonarlo, se interpuso diciendo:

—Ricardito, olvida usted que habíamos quedado en jugar una partida.

Comprendió el simpático secretario lo que significaban las palabras de la bella hija de su jefe y excusándose con la que anteriormente lo había invitado le dijo:

—Perdóneme, pero no me acordaba que antes se lo había prometido a la señorita Haven.

Esta, sin esperar la respuesta de su amiga, se cogió del brazo del joven y se internó con él por uno de los paseos del jardín. Cuando, por fin, se consideró libre de toda mirada indiscreta le hizo sentar en un banco y le dijo enojada:

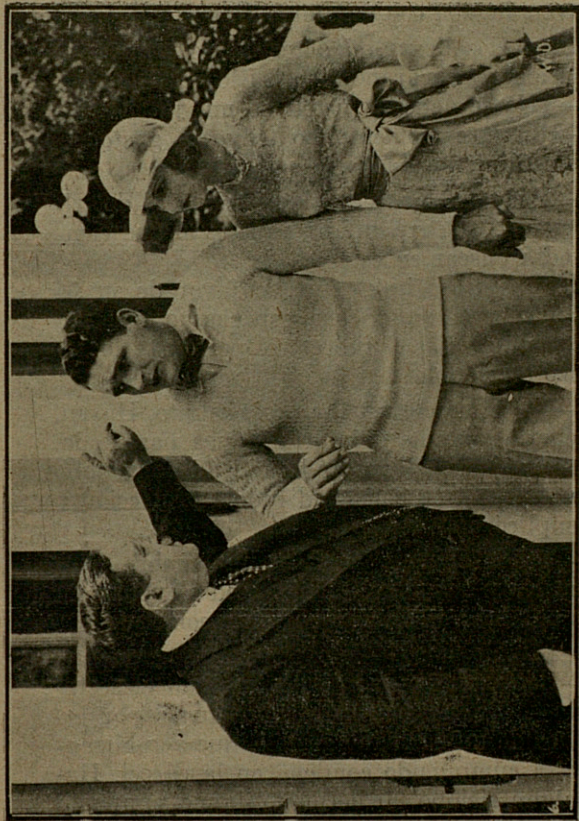
—¿Es decir, que quería usted abandonarme? ¡Todos los hombres son iguales!

—¡Pero, por Dios, Margarita—exclamó Ricardito—. No se incomode usted... ¿Cómo iba yo a adivinar que quería usted jugar al "tennis" conmigo?

—¡Podía usted habérmelo preguntado, que la boca la tiene para hablar!—volvió a decirle ella, sin abandonar su aire de disgusto.

Era mucha la felicidad de sus corazones, para que ellos, tan felices, el uno al lado del otro, pudieran estar serios mucho tiempo y al poco rato sus risas de franco optimismo competían con el alegre cantar de los pajarillos que poblaban el jardín.

Como dos chiquillos, en tarde de asueto, empezaron a correr por el parque, hasta que, co-



— ¿No se acuerda usted de mí, joven?

gidos de la mano llegaron a la plazoleta, donde Haven jugaba con su amigo Davis.

Al verlos llegar, el detective se levantó de su asiento y encarándose con Ricardito le dijo:

—¿No se acuerda usted de mí, joven?

—En este momento no tengo el gusto...— contestó el muchacho.

—Pues yo no le olvido—volvió a decirle Carter—. Con franqueza, ¿qué es lo que viene usted a buscar en esta casa?

Haven quiso intervenir en favor de su secretario, recordando las sospechas que le había comunicado el detective, pero éste lo rechazó diciéndole:

—No se mezcle usted en este asunto, Haven. Recuerde que me dió carta blanca para todo.

Ricardito, al observar la actitud de su jefe, avanzó hacia él, como pidiéndole protección y le suplicó angustiado:

—Señor Haven, usted es un hombre comprensivo y bueno... ¿Quiere usted escuchar, en dos palabras, el *delito* que yo he cometido?

—¡Hable usted!—le ordenó el abogado.

—Seré conciso—continuó diciendo el secretario—. Carter pretende condenarme por los hechos de un hermano gemelo, que actualmente está cumpliendo condena en la cárcel. Hace algún tiempo mi hermano Jaime se apartó del buen camino y para librarse de mis reproches huyó de mi lado. Poco después el hambre y la miseria le hicieron solicitar mi ampa-

ro, prometiéndome ser en adelante un hombre honrado y trabajador.

"Hacía algunos días que parecía haber abandonado el tortuoso camino que hasta entonces había llevado, cuando una noche lo vi entrar apresuradamente en mi cuarto. En su actitud comprendí que había cometido algún nuevo delito y le reprendí severamente diciéndole:

"—¿Qué has hecho, Jaime? Veo que vuelves a las andadas, a pesar de haberme prometido no separarte nunca más del camino recto.

"—¿A ti qué te importa lo que yo hago?—me contestó agriamente—. Acabo de robar una joyería y voy a escapar inmediatamente de la ciudad.

"—¡No te irás sin devolver eso!—le respondí—. De lo contrario te entregaré yo mismo a la policía.

"—¿Serías capaz de hacer tú eso?—me preguntó en tono que era más bien una amenaza.

"—Si no devuelves lo que has robado estoy dispuesto a hacerlo—repuse sin tener en cuenta su amenaza.

"Al ver que yo pretendía salir para llevar a cabo mi amenaza, saltó sobre mí y los dos empezamos a luchar desesperadamente, hasta que unos golpes dados sobre la puerta nos hizo separar rápidamente. Miró por la rejilla y lo vi palidecer, a la vez que exclamaba:

"—¡Un policía!

"En efecto era el señor Carter que poco después se llevaba a mi hermano diciéndole:

"—¡Te has caído, muchacho! ¡Y es que abusas de tu seguridad en las piernas! Pero, amiguito, tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe—y dirigiéndose a mí me amenazó, como si yo fuera un ladrón diciéndome: —Y usted tenga buen cuidado de no imitar a su hermano, si no quiere entendedérselas conmigo.

"Mi hermano creyendo que su detención se debía a mi negativa de ocultarlo también me amenazó al salir:

"—¡Esto me lo pagarás, Ricardo!

"Desde entonces, Carter no me ha perdonado el ser hermano de un ladrón.. No ha dejado de vigilarme y me ha hecho perder cuantas buenas colocaciones he tenido.

Al terminar Ricardito su narración, se echó a reír el detective y exclamó:

—Haven, si cree usted ese cuento, le proclamó merecedor del primer premio de inocencia y credulidad.

—Pues yo—intervino enérgica Margarita— a pesar de sus ironías, lo creo, palabra por palabra.

—¡Yo lo creo también, Carter!—exclamó Haven.

—Hagan lo que quieran, pero que conste que yo les he advertido el peligro.

—¡Es usted un majadero y un antipático, señor detective!—volvió a decir Margarita—.

¡Lo único que sabe hacer bien es pelar manzanas!

—¡Bueno me ha puesto la pequeña—respondió sonriendo Carter—. Pero en fin, ¿qué le vamos a hacer?... ¡Son gajes del oficio!

Davis que no había perdido una sola palabra de todo cuanto se había hablado, cuando comprendió que la conversación había terminado volvió a su sitio y dirigiéndose a su amigo, procuró seguir la partida diciéndole:

—A usted le toca jugar, Haven.

Y los dos amigos continuaron la interrumpida partida dando por terminado el incidente.

III

Tomás, el criado de la casa, no era ajeno a los manejos de Arturo Channing, aspirante a la mano de Margarita y uno de los principales miembros de la banda del "Guante Negro".

Se hallaba Ricardito sentado en su mesa de trabajo, cuando advirtió que entraba aquél y fingió, de manera que el sirviente lo viese, ocultar en el bolsillo de su pantalón una carta que acababa de abrir.

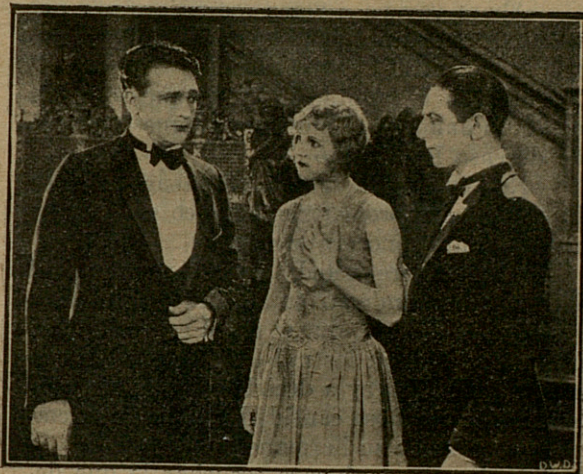
Una vez que estuvo el criado dentro, el cual había advertido la maniobra del secretario, salió éste de la habitación y obrando con una agilidad pasmosa le sustrajo la carta y leyó su contenido que decía:

"Carísimo" hermano. Te hago saber que me he fugado de la cárcel. Cumpliré mi venganza, si no me entregas mil dólares.

¡Mil dólares o la vida! ¿Entendido?

J.A.I.M.E.

Con aquella carta en su poder corrió Tomás a dar cuenta de ella a Channing y antes de la



La muchacha, a pesar de que le disgustaba grandemente dejar a Ricardito, no pudo negarse al ruego.

Ahora fijado varios miembros de la banda del "Guante Negro" esperaban la llegada del hermano de Ricardito.

En Pell Street, uno de los "rendez-vous" de los que tienen cuentan pendientes con la ley, algunos minutos antes de las siete se presentó Jaime, y Tomás al verlo, les dijo a sus compinches:

—Ese ladronzuelo acaba de llegar y su hermano no se ha movido todavía de casa del señor Haven.

—Ahora voy yo a ver a ese pájaro y a ponerlo de nuestra parte—exclamó Channing, que se encontraba entre ellos.

Entró en la habitación en la que se había ocultado Jaime y al movimiento que éste hizo de defensa le contestó:

—No tema nada, Jaime. No tengo ningún interés en comprometerle, conozco su juego y usted pronto conocerá el mío.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el ladrón, sin abandonar su actitud defensiva.

—Quiero decirle, que si usted espera que su hermano le traiga los mil dólares puede esperar sentado. Yo voy a decirle cómo puede conseguir dos veces esa cantidad y, al mismo tiempo, vengarse de su hermano.

Jaime se preparó para escuchar lo que decían y Channing continuó hablando:

—En la caja de caudales del abogado Haven hay cierto documento que me interesa mucho. Yo estaré en el despacho a las diez en punto de la noche y le facilitaré la entrada.

—Conformes. A las diez en punto estaré yo también. ¡Pero si me engaña, despídase de su vida!—amenazó Jaime.

—No sea tonto y no falte—terminó diciéndolo Channing.

Aquella noche, en la mansión de Haven, la fiesta de los jardines se había trasladado al salón y los invitados se entregaban con deleite a las voluptuosidades del baile.

Ricardito y Margarita hablaban entusiasma-

dos en la puerta del salón, cuando se les acercó Channing y le dijo a la joven:

—Espero que me concederá usted este baile, Margarita.

La muchacha, a pesar de que le disgustaba grandemente el dejar a Ricardito a merced de las demás jóvenes, no pudo negarse al ruego y aceptó el brazo que le ofrecía Channing.

GRAN ACONTECIMIENTO LITERARIO

La selectísima publicación de

**LAS GRANDES NOVELAS
DE LA PANTALLA**

editaré en su próximo número

¡Mi hijo antes que nadie!

PRECIO
1'50 ptas.

vigorosa concepción dramática
debida a la pluma del laureado
CHARLES MÉRÉ

IV

Apenas habían dado dos vueltas por el salón, cuando Chasanning, pretextando un excesivo calor sacó a su pareja al jardín y una vez solos le dijo:

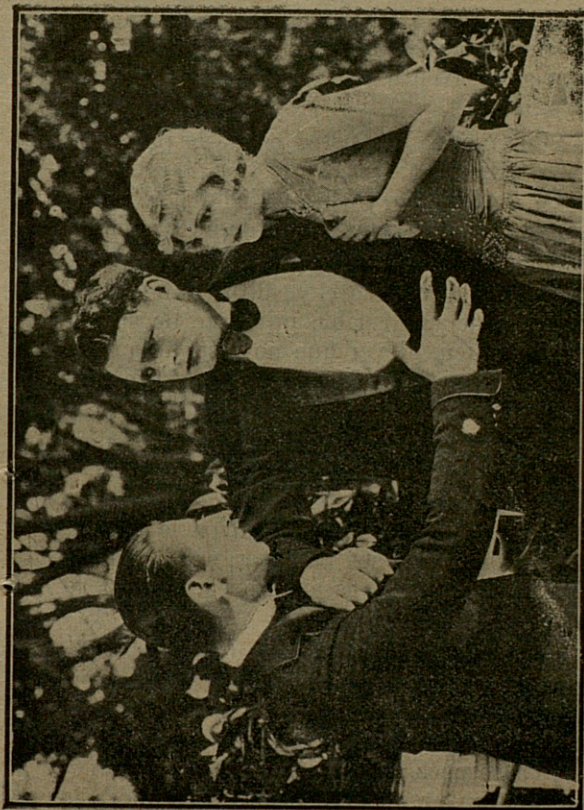
—Hace mucho tiempo que estoy deseando decirle algo muy serio, Margarita... algo muy importante... Yo la amo a usted con toda mi alma.

—Arturo, ¡por Dios!—contestó la muchacha, tomando a broma la declaración de su acompañante—. ¡No me estropee la noche... ¿Cree usted que estamos en carácter ahora para interpretar Romeo y Julieta?

Ricardito, que no había perdido de vista a los dos jóvenes, se acercó a ellos en aquel instante, y Channing, al verlo exclamó molesto por su presencia:

—Por lo que veo usted se dedica a espiar-nos.

—Recuerde usted que ha sido él quien, galantemente, le ha cedido la pareja—intervino Margarita.



—¡Lo de aventurero lo he dicho por usted!

—Ahora comprendo por qué me ha desdenado usted—repuso Channing despectivamente.—A las muchachas de hoy en día les atrae mucho más los aventureros que las personas decentes.

—¿Por quién dice usted eso?—le preguntó enérgico Ricardito.

—Lo de aventurero lo he dicho por usted, para no llamarle por su verdadero nombre, que es el de ladrón.

No había terminado el insulto cuando rodó por tierra de un terrible puñetazo de su adversario, quien, al ver que no respondía a su agresión, se acercó a Margarita y le dijo confidencialmente:

—Procure usted armarse de serenidad, Margarita, porque esta noche van a ocurrir aquí cosas muy graves.

Sin darle tiempo a que la joven le pidiera una explicación de sus palabras, salió corriendo al interior de la casa y se encerró en su cuarto.

Una vez allí empezó a caracterizarse en la misma forma que había descrito a su hermano Jaime y antes de que acabara su transformación oyó a Tomás que decía a su espalda:

—¡Ya sospechaba yo que los dos hermanos gemelos eran una sola persona, pero ahora lo sé con certeza!

Como una tromba cayó Ricardito sobre el eriado y después de una lucha, que no por

corta fué menos enconada logró amarrar a Tomás que exclamó, al ver salir a su enemigo:

—¡Pídale a Dios que no le descubra el “Guante Negro”, porque le costaría la vida!

—Hasta luego, amiguito—contestó el muchacho, burlonamente—. Cuando vuelva tendré el gusto de decirle dos palabras no muy agradables para usted.

A las diez en punto, como había dicho, estaba Arturo Channing en el despacho del abogado Haven y poco después entró Jaime que le dijo, con esa desconfianza propia de quien está acostumbrado a tratar a esta clase de personas:

—Antes de hacer nada, vamos a quedar de acuerdo para luego... ¿Dónde nos encontraremos?

—Toma esta tarjeta y ves a esta dirección. Allí estaremos todos.

Cogió éste la tarjeta que le entregaba Channing y empezó a operar en la caja de caudales, bajo la vigilancia de Arturo.

Pero un ruido de pasos los hizo huir precipitadamente en el mismo instante que entraba Haven.

Al ver la caja abierta se abalanzó sobre ella y lo primero que hizo fué mirar el cajón donde guardaba el plano y al darse cuenta de que estaba vacía fué en busca del detective y le dijo:

—¡Me han robado el plano, mientras usted dormía!

—¡No es posible!—contestó el detective examinando el interior de la caja y leyendo una tarjeta que decía:

“Casa Ranklin: Segunda de la carretera de Jersey.”

—¿Cómo se explica usted esto, Carter?—volvió a preguntar el abogado, pero el detective no pudo explicarle nada, porque en aquel instante se presentaron varios criados exclamando alarmados:

—¡La señorita ha desaparecido! ¡La hemos oído gritar, pidiendo auxilio!

—¡Han raptado a mi hija, Carter! ¡Usted no es detective ni mucho menos! ¡Lo único que sabe hacer es pelar manzanas y perder el tiempo lastimosamente!—exclamó Haven.

—¡No hay que alterarse, amigo mío!—replicó Carter—. Estoy seguro que antes de una hora su hija y los planos estarán en nuestro poder.

—¡No se haga usted ilusiones, hombre de Dios!—volvió a decir el abogado—. ¡No ha sabido usted impedir que se la lleven y que me roben y pretende ahora devolvérmela!

—No sea usted chiquillo y acompáñeme—le contestó el detective—. Vamos a dar parte a la policía y verá que pronto están en nuestro poder.

—¡Para eso no necesitamos salir de casa! ¡Basta con que telefonee a la comisaría!—repuso Haven.

Pero el detective lo cogió por un brazo y,

quieras que no, no tuvo más remedio que subir al automóvil que había en la puerta de la casa cuyo “chauffeur” salió disparado, sin necesidad de recibir instrucciones acerca del lugar adonde debía conducir a los ocupantes del coche.

Mientras que en la casa del abogado todo era confusión y atolondramiento por los hechos que acababan de suceder, Carter y Haven corrían a toda velocidad hacia la dirección que el detective había leído en la tarjeta que encontró en la caja.

* * *

Trasladémonos por unos instantes a la casa Ranklin, situada en pleno campo, ofreciendo un resguardo seguro, para una banda de foragidos, y en ella encontraremos a los principales factores de la banda del “Guante Negro” y a Jaime, que había acudido allí con Channing, el cual le decía en aquel instante:

—¡Bien, Jaime, se ha portado usted admirablemente! ¡Deme ahora ese plano!

—¡No me haga usted reír, compañero—contestó aquél—. ¡Yo no trabajo con intermediarios. Se lo entregaré al “Guante Negro”, o a nadie.

Entonces se abrió una puerta y apareció Davis, que acercándose al muchacho le dijo:

—Yo soy el "Guante Negro". Puedes entregarme el plano sin temor alguno.

—¿Y el dinero quién me lo dará?—preguntó con desconfianza Jaime.

—Por eso no te apures. Prometí pagar dos mil dólares y no saldrás de aquí, sin que el dinero esté en tu poder.

Todavía pareció dudar un poco y, al fin, se decidió a sacar el plano y entregárselo a Davis.

Lo abrió éste con marcada impaciencia y no tardó en exclamar:

—¡Imbécil! ¡Has robado un papel en blanco!

Aquel descubrimiento dejó sorprendido a Jaime que terminó diciendo:

—No comprendo... Yo lo cogí de la caja de caudales, como se me había ordenado. La culpa no es mía y por lo tanto tengo derecho a la cantidad ofrecida.

—¡Mentira!—gritó de pronto Tomás, entrando precipitadamente.

—¡Este hombre es un traidor! ¡Es el secretario del señor Haven!

Tomás, cuando quedó solo empezó a forcejear para romper las ligaduras y después de inauditos esfuerzos consiguió lo que pretendía. Una vez libre saltó por la ventana, y al atravesar el jardín se encontró con Margarita y la raptó, con la idea de que pudiera servir de rehenes, en el caso de que Ricardito hubiera descubierto la banda.

La joven se resistió con todas sus fuerzas, pero Tomás, más fuerte que ella, logró reducirla y en un automóvil la condujo precisamente a la casa donde estaba Ricardito.

Los hombres que estaban al servicio del "Guante Negro" al oír la acusación de su compañero se arrojaron sobre el secretario de Haven con la intención de hacerlo desaparecer para siempre.

Pero, afortunadamente, era más difícil de lo que parecía el poder llevar a la práctica aquellos deseos. Ricardito empezó a repartir puñetazos a derecha e izquierda, y no tardó en dejar fuera de combate a varios de sus enemigos.

Margarita, al verse libre, procuró aprovecharse de la pelea, para salir de aquella casa y quedó asombrada al reconocer en Jaime al propio Ricardito.

Este, no obstante su difícil situación, corrió a prestarle auxilio y abriéndose paso con sus puños llegó a la calle.

—¿Pero cómo se encuentra usted aquí?—le preguntó la muchacha.

—Ahora no puedo decirle nada—contestó Ricardito—. Esos granujas vienen detrás de nosotros y lo primero es ponerse a salvo.

En efecto, los hombres de Davis, con éste a la cabeza, venían en persecución de los fugitivos y Ricardito, para evitar que la joven sufriera algún percance levantó un enorme ca-

jón que había en la puerta y la hizo ocultarse detro de él.

Hecho esto esperó tranquilo a sus enemigos que no tardaron en presentarse.

Saltando de un lado a otro, con una agilidad pasmosa, fué recorriendo la casa, hasta que al fin consiguió encontrarse a solas con Davis, que era éste su mayor deseo. De un puñetazo, capaz de derribar a un elefante, lo dejó sin conocimiento y rápido, como el pensamiento, lo encerró en una habitación, para cuando llegara Carter, que no podía tardar, puesto que no le cabía duda de que había leído la tarjeta que le dejó en la caja.

Una vez que se desembarazó del pez más gordo, corrió a sacar a Margarita y le dijo:

—Me parece que va a tener que presenciar un verdadero combate de boxeo.

—¿Pero, por qué no huímos, antes que vengan los demás?—preguntó angustiada la joven.

—No es posible, Margarita—contestó Ricardito—. El jaleo ya está empezado y no puedo dejarlo a medias.

Nuevamente la presencia de los malhechores hizo que se ocultara Margarita y el muchacho se preparó para defenderse de la lucha que se preparaba.

Tal como lo había pensado sucedió. No tardaron en presentarse los hombres del "Guante Negro" y Ricardito, apoyado sobre la pa-

red, para evitar que le atacasen por la espalda, sostuvo con ellos una lucha titánica.

Como poseídos de un poder infernal aquellos granujas se arrojaron sobre el joven, pero una vez más, demostró éste con la fuerza de sus puños, que no era un hombre a quien se le podía atacar impunemente.

Mientras tanto el auto en que venía Carter volaba por la carretera y el abogado sin poder disimular su temor le decía al detective:

—¿Está usted seguro de que encontraremos a mi hija?

—Pierda usted cuidado, Haven. Su hija tiene que estar forzosamente en el lugar adonde nos dirigimos.

Por fin llegaron al lugar donde Ricardito luchaba con los individuos de la banda del "Guante Negro" y antes que éstos se pudieran dar cuenta de nada se hallaron amenazados con las pistolas de los ocupantes del auto.

Tan pronto como dejó maniatado a los malhechores, Carter entró dentro de la casa, buscando por todos lados al jefe de la banda y finalmente salió preguntándole a Ricardito:

—¿Pero dónde está el "Guante Negro"?

—Lo tengo bien guardado porque el pez es de los gordos—repuso el muchacho.

—Vayamos en su busca—propuso en seguida el detective.

Guiados por el joven llegaron adonde estaba encerrado el famoso "Guante Negro", cuya captura tanto había dado que hacer a la poli-

ecía, y el primero en exclamarse fué Haven, que gritó, al reconocer a su amigo:

—¡¡Davis!!... ¡¡Usted!!

Al encontrarse amenazado por la pistola de Carter, el criminal, como todos los hombres de su profesión, cuando se ven perdidos, tuvo miedo de que aquél disparase sobre él y suplicó, casi llorando:

—¡No tire usted, señor Carter! ¡Yo prometo obedecerle en todo, pero no dispare!

—¡No tengas miedo, cobarde!—contestó Haven—. ¡Di dónde tienes el plano del invento!

—No lo tengo yo—repuso Davis.

—¡Mientes! ¿Quién, si no tú lo ha robado—volvió a decirle el abogado, avanzando amenazador hacia su antiguo amigo.

Indudablemente hubiera descargado sobre él el golpe, si Ricardito no se hubiera interpuesto entre los dos diciendo:

—Dice la verdad, señor Haven. Los planos continúan en el cajón de mi mesa. Lo que desapareció de su caja fué un pliego de papel en blanco, sin valor alguno.

—¿Y mi hija, dónde está? ¿No decía que la encontraríamos aquí?—volvió a preguntar Haven.

—Y aquí está—le contestó su secretario.

—¿Dónde?

—¡Aquí, papá!—gritó alegremente la muchacha, saliendo de su escondite—. ¡Ricardito me ha salvado de las garras de esos miserables!



—Siempre...excepto en los asuntos de amor...

—Le felicito, joven—exclamó Haven estrechando la mano de su secretario, y volviéndose hacia el detective, le dijo riéndose a carcajada.

—La verdad es que tiene usted poco ojo detectivesco, Carter... ¡Mire que sospechar que Ricardito era un ladrón!

—El que tiene poco ojo es usted, querido

Haven... Ricardito y yo trabajamos juntos...

—¿Cómo?

—Sí, hombre. Ricardito es uno de los detectives más listos del Servicio Secreto.

—Así es, señor Haven—intervino el antiguo secretario—. Carter y yo sospechábamos de Davis... Entonces yo inventé aquel cuento de mi hermano gemelo, para descubrir al "Guante Negro" y su banda.

—Son ustedes el demonio—exclamó riendo el abogado, a la vez que se llevaba de un brazo a su amigo y dejaba solos a los jóvenes.

Aquella huida de Haven no era casual, sino que había adivinado en los ojos de los muchachos el deseo de estar un momento a solas, y no hacía otra cosa que complacerlos.

En efecto, en cuanto desaparecieron, Margarita estrechó entre las suyas, las manos del joven y le preguntó intencionadamente:

—Diga usted, Ricardito, ¿los detectives mienten siempre con tanto cinismo?

Comprendió él lo que significaba aquella pregunta y atrayéndola fuertemente contra su pecho le contestó:

—Siempre... excepto en los asuntos de amor...

Fred, el tirador

será la novela que publicaremos el próximo martes, por el célebre cow-boy

FRED THOMSON y su caballo "Rayo..

753

CINE FOLLETIN

La primera obra aparecida en esta
publicación, en **8 cuadernos** es

LA ESPOSA INDIGNA

novelada por el director literario de
BIBLIOTECA FILMS
Alfonso Castaño Prado

¡Lo más interesante!
¡Lo más sugestivo!
¡Lo más emocionante!

Lea el primer cuaderno titulado

Amor y Dinero

y no podrá menos que leer toda la obra

OCHO CUADERNOS

20 céntimos cuaderno